diez de la mañana en la sacristía de la iglesia *de los Angeles*, punto inmediato á *Santiago*, que era la residencia ordinaria del terrible lugarteniente del Imperio.

Las convicciones políticas de toda su vida; su adhesión á Maximiliano, quien en el último período de su efímero reinado le había colmado de consideraciones; la amistad que profesaba á Miramón, el más querido de sus condiscípulos y el más íntimo de sus amigos, todo esto, en una palabra, le imponía á Arellano la obligación de hacer mil sacrificios que serían inútiles á causa de la venganza y de la traición de Márquez.

El lugarteniente del Imperio no tenía necesidad de hacer grandes esfuerzos para que Arellano sostuviera en la conferencia la falsa noticia que había circulado en la plaza sitiada, sobre el próximo regreso de Maximiliano. Estaba prisionero el Emperador, mas el partido que le había elevado al trono podía aún salvarse de la inmensa ruina á la que debía ser arrastrado para satisfacer el despecho de un hombre, cuyas malas pasiones jamás pudieron definirse exactamente. La salvación de este partido dependía sólo de una pronta derrota de los sitiadores, cuatro veces más numerosos, pero diseminados en una línea de circunvalación de más de doce leguas de longitud. Era racional procurarse una victoria atacándoles por partes, renovando las salidas útiles, que se hacían durante el sitio de Querétaro en circunstancias menos favorables.

Si se obtenía la victoria, se detendría la ven-

ganza política de Juárez y de su ministerio, suspendida sobre la cabeza de Maximiliano y las de sus generales; mas si esto no era suficiente, quedaba el recurso de tomar en rehenes á ciertas notabilidades liberales que se encontraban en la ciudad, y de quienes se habría podido servir Márquez, no sólo para salvar la vida á los prisioneros, sino también para obtener su libertad, en razón de la fama de hombre terrible y sanguinario, que bien merecía y que tenía en realidad el lugarteniente del Imperio.

Tal vez la caprichosa fortuna no habría sido favorable á las armas imperiales, mas entonces sucumbirían con gloria, luchando hasta el último momento, sin ponerse á discreción del enemigo, resolución extrema, que en estos días de odios y de pasiones revolucionarias, salva del cadalso á algunos vencidos, sin perdonar á nadie las humillaciones de partido y los sufrimientos más horribles.

La generosa esperanza de hacer un servicio á los desgraciados prisioneros y al partido que iba á desaparecer en el torbellino de las venganzas, preocupó algunos momentos la imaginación de Arellano. Entonces no creía éste en la traición de Márquez, mas aun suponiendo lo contrario, jamás habría podido imaginarse que el lugarteniente del Imperio contribuiría á derramar la sangre de dos víctimas, Maximiliano y Miramón. Por otra parte, renunciando á esta sanguinaria y horrible satisfacción, el propio interés de Márquez debía arrojarle á una lucha que le permitiría al

menos salvarse del terrible naufragio que se presentaba. Arellano podia entonces estar seguro de que se arrancaría de las manos de los verdugos á sus víctimas; que se libertaría de inmensas desgracias al país; y que tendría entonces la satisfacción de haber dado á los acontecimientos de aquella época un impulso capaz de dirigirlos á un desenlace más favorable.

De cualquiera manera, siguiendo la conducta que se trazó, si el vulgo, la envidia y el espíritu de partido podían inculparle de haber sumergido durante algunos días en un estado penoso y de miseria á la capital, nunca podrían acusarlo de haber dado el golpe de gracia á los imperialistas. Decidióse, pues, á representar el papel que le imponían á la vez sus deberes y sus aspiraciones.

Muy pronto se disiparon sus ilusiones, no dejando en su lugar sino la más amarga de las realidades; Márquez tenía sed de la sangre de sus víctimas; y sólo permanecía en México para desvanecer cualquiera suposición respecto de su conducta. Por lo tanto, luego que la sangre enrojeció el *Cerro de las Campanas*, era preciso que pusiera fin á la horrible comedia que había desempeñado con increíble constancia. Hé aquí cuáles fueron los últimos actos de su traición:

Habiendo comunicado Márquez la llegada de Arellano á las tropas que cubrían las líneas de defensa, la noche del 14 de junio de 1867, se divulgó rápidamente esta noticia con la celeridad del rayo entre los habitantes de la ciudad, produciendo diversas y profundas sensaciones en todos

los partidos. Republicanos é imperiales conocían los detalles del desastre de Querétaro; los primeros lo aplaudían y lo consideraban como el triunfo infalible de su causa; éstos lo negaban, porque hería de muerte sus deseos más vivos. Los primeros daban gritos de rabia sabiendo que el general, que acababa de llegar, negaba abiertamente los acontecimientos originados por la traición de López; los segundos confundían sus ilusiones con la triste realidad de las cosas, acogiendo entusiasmados la noticia que destruía los temores generalmente esparcidos, después de 30 días de sufrimientos é inquietudes. Los unos y los otros, cuando el tiempo vino á confirmar la triste realidad de las cosas, confundian la responsabilidad de Márquez con la de Arellano, olvidando que éste no podía obrar, sino con arreglo á las circunstancias, y no considerando la inmensa responsabilidad que habrían hecho pesar sobre Arellano, aún los mismos que criticaban su conducta, si por un paso imprudente hubiera ocasionado la pérdida de la plaza sitiada; los unos y los otros le criticaron amargamente por no haber dicho la verdad á todos.

El espíritu público, excitado por grandes acontecimientos, tiene algunas veces rasgos particulares de candor: en este caso la opinión desconoce el derecho, olvida la historia y concibe deseos pueriles que no es posible satisfacer siempre. La efervescencia de los caracteres, en estos largos días de sufrimiento para unos, y de engañosas esperanzas para otros, condujo á pretender que,

habiendo entrado en una plaza sitiada un general, debía publicar los desgraciados acontecimientos que se habían verificado afuera. Ninguno se toma la pena de considerar, que sin duda habría sido muy oportuna la estratagema de que se ha hablado, y que habría merecido los elogios de muchos, si el general Márquez se hubiera resuelto á luchar con los sitiadores; y si en este ataque la fortuna caprichosa hubiese favorecido á las armas del Imperio.

Desde la aurora del 15 de junio, Arellano fué verdaderamente asaltado por una multitud de personas de todas categorías, de todos sexos y de todas edades, quienes en razón de su alta posición social, de sus antecedentes políticos ó de sus amistades, se creían con derecho para saber la realidad de las cosas. Arellano confirmaba en pocas palabras la noticia que circulaba en México y que causó un indescriptible entusiasmo entre los imperialistas.

Arellano se presentó á la hora fijada en la iglesia de los *Angeles*, según lo que se había convenido con Márquez. Este abusó de la complacencia de que Arellano había dado muchas pruebas únicamente por sostener la plaza y hacer triunfar á sus defensores; en vez de una simple reunión de las personas que formaban el gabinete, el lugarteniente del Imperio instaló el consejo de ministros, bajo su presidencia, ante el presidente del Consejo de Estado; después tomando la palabra, habló largamente refiriendo á su modo los acontecimientos de Querétaro, y la próxima llegada de Maximiliano; al terminar, preguntó á Arellano si su narración estaba conforme con la que él mismo le había hecho. Arellano pensó primero desmentir al traidor, que á tal grado llevaba la impostura, deseando no engañar al Consejo de ministros reunido solemnemente; pero se contuvo, y creyó que más bien debía secundar los deseos de Márquez, no por temor á las medidas que contra él podía tomar el lugarteniente del Imperio, sino porque se hubiera perdido la situación en aquellos críticos momentos. Bajo esta presión moral, Arellano respondió afirmativamente, y la sesión terminó.

Márquez quería hacer pesar sobre Arellano la responsabilidad de la prolongación del penoso estado de México, cuando se presentara más tarde él mismo como una víctima del error en que había hecho caer á los ministros; mas el traidor fué inhábil en esta mezquina intriga, imaginándose que al fin el tiempo jamás publicaría las mil pruebas de traición, ni pondría de manifiesto los hechos consumados durante este fatal mes. Luego que se creyó al abrigo para el porvenir, publicó oficialmente la noticia, dando por autor á Arellano, la hizo comentar por los diarios de la capital y mandó solemnizarla.

Grande fué el entusiasmo del ejército imperial y de los partidarios del trono; un ligero esfuerzo habría bastado para obtener la victoria sobre los sitiadores, sobre todo en el momento en que un funesto error de los republicanos ofreció la ocasión más favorable y más segura para atacarlos.

Los sitiadores al oír desde sus puestos las salvas y las otras demostraciones de regocijo público de la capital, creyeron que ésta les abría sus puertas y que sus partidarios se habían sublevado, como ya lo esperaban; creyeron entonces los jefes sitiadores que de un solo golpe podrían tomar la ciudad, y la atacaron vigorosamente para apoyar el movimiento que creían efectuado en su favor. Mas entonces los sitiados, que en este momento estaban llenos de entusiasmo, ametrallaron las columnas republicanas, y las obligaron á retroceder, haciéndoles experimentar grandes pérdidas. Si en aquellos momentos se hubiera efectuado la salida solicitada por Arellano y aconsejada por el sentido común, el triunfo habría sido infalible.

Antes de que se verificara el error de los sitiadores, Arellano había aconsejado al general Márquez que no despreciara lá oportunidad de tomar la ofensiva, porque al efímero entusiasmo del momento sucedería después un desaliento mayor que el pasado. El traidor manifestó la misma opinión, hasta el instante en que pudo engañar al ministerio y hacer circular oficialmente la falsa noticia; mas después alegó de nuevo contra los deseos de Arellano, el pretexto de una imposibilidad absoluta, y entró en su acostumbrada inacción, á pesar de las instancias del jefe de artillería.

Del 15 al 19 de junio, el lugarteniente del Imperio se ocupó activamente en una sola cosa: despojar con encarnizamiento á los ricos, á quie-

nes ya les había exigido rescate, y obligarlos á que dieran fuertes sumas, so pretexto de la próxima llegada de Maximiliano á la capital. Obtener este resultado, dejar toda suposición respecto de su traición, y aparecer ante el mundo entero como el principal sostén del Imperio hasta la muerte del Emperador: tal fué su única preocupación, mientras que engañaba por la centésima vez á un pueblo en desgracia y desesperado. Con este solo objeto prolongó por seis días los horribles sufrimientos de una población que ya era presa de los horrores de la miseria y del hambre; y en fin, para experimentar cómodamente la satisfacción de su venganza, añadió á las matanzas de Querétaro, de Puebla, de San Lorenzo y de México, de las cuales había sido la causa, la muerte de algunos centenares de mexicanos que perdieron la vida, ya en el ataque del 15 de junio, ya por las balas de ambos campamentos, durante los últimos seis días de una lucha tan sangrienta como estéril, puesto que no produjo resultado alguno satisfactorio.

Mas el día 18, la vuelta del Barón de Lago á Tacubaya, las gestiones que había hecho este diplomático cerca del general republicano para salvar á los austriacos, que formaban parte de los defensores de la capital, y finalmente, las cartas enviadas por él al coronel Khevenhüller, disiparon todas las dudas respecto de la posición de Maximiliano y su ejército. El consejo de ministros interpeló aquel día al lugarteniente del Imperio, sobre la realidad de las cosas, extrañando mucho

que Arellano hubiese dado la falsa noticia publicada y solemnizada oficialmente. Márquez se burló de los ministros, fingió sorprenderse de lo que acontecía, aseguró que procuraría verificar la verdad, y prometió mandar fusilar á Arellano si era cierta la noticia que le habían comunicado los ministros (1).

El 19 de junio, día nefando en la historia de México, un gran crimen ensangrentó el *cerro de las Campanas* de Querétaro. A las siete de la mañana Maximiliano, Miramón y Mejía cayeron heridos de muerte por las balas de la República. Las últimas palabras de los dos primeros fueron de paz y de concordia; su último pensamiento fué para la patria (2). Tranquila la conciencia de es-

(1) El mismo general Márquez me refirió esta escena, y lejos de dar sus disposiciones para mandarme fusilar, el día siguiente, 19 de junio, hizo que se me extendiera un duplicado del despacho de general, que el Emperador me había concedido, así como una orden para que el gran canciller me diera también un duplicado de la cruz de gran oficial de la Aguila Mexicana, última recompensa con que el Emperador me agració la noche del 14 de mayo. Me dió el general Márquez estos documentos, temiendo que los originales se hubieran extraviado entre los papeles que perdí en Querétaro.

(2) Don Juan de Dios Arias, que respiraba por la boca del general Mariano Escobedo, en tratándose de los sucesos del sitio y la ocupación de la plaza de Querétaro, refiere así ese gran trance:

"A las seis de la mañana del 19 de Junio, una división de 4,000 hombres, mandada por el general Díaz de León, formaba en cuadro al pie del cerro de las Campanas, por el frente que mira al nordeste. Multitud de gente del pue-

tas víctimas, condenaron á su verdugo al desprecio público, y elevaron sus magnánimas almas al trono de Dios . . . . . .

. . . . . .

Márquez, el verdadero verdugo de estas ilustres víctimas, estaba en México. El telégrafo tras-

blo acudía silenciosa á colocarse en el vasto recinto de la colina. Los reos que habían dictado ya sus últimas disposiciones, y consagrado sus postreras horas á recibir los consuelos de la religión, subían cada cual acompañado de dos sacerdotes, á tres carruajes que debían conducirlos. Serían las siete y cuarto cuando llegaron al cuadro de tropa, frente al cual Maximiliano salió el primero, y dirigiéndose á Miramón y á Mejía, que sucesivamente habían dejado los coches, les dirigió la palabra, diciéndoles muy cortesmente: "vamos, señores." Los sentenciados se dirigieron con paso firme al lugar del suplicio; allí se dieron un mutuo abrazo de despedida. Maximiliano sacó de su bolsa unas monedas de oro de á 20 pesos, que distribuyó entre los soldados que iban á fusilarlo. Mejía también dió á los que debían disparar sobre él, una onza de oro para que se la repartiesen; y en este intervalo, Maximiliano levantó la voz y dijo: "Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!" Miramón á su vez leyó en voz alta un papel en que decía: "Mexicanos: en el consejo mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto á perderla, y cuando voy á comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen, y perdono á sus autores, esperando que Dios me perdone, y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!" Después, colocándose en el sitio designado, Maximiliano, que había suplicado no se le lastimase la ca-

mitía la fatal noticia de esta horrible ejecución al campamento de los sitiadores de esta plaza, de donde llegaría á conocimiento del lugarteniente del Imperio.

¡Estaba satisfecha la más horrible de las venganzas! ¡Había triunfado la más infame de las traiciones! ¡Estaba terminada la obra que se había proseguido laboriosamente en medio de mil crímenes sin nombre! ¡Estaban cumplidos los jura-

---

ra, separó su rubia barba con ambas manos, echándola hacia los hombros, y mostró el pecho: lo mismo hizo Miramón, diciendo á los soldados: "aquí", señalándose el corazón y levantando la cabeza. Mejía no habló nada; tenía el crucifijo en la mano, que separó al ver que los soldados le apuntaban. Se dió la señal de fuego, y una descarga echó por tierra á los tres colosos del Imperio.

"Maximiliano no sucumbió en el acto, y se advirtió, porque ya caído pronunció estas palabras: "hombre, hombre." Entonces se adelantó un soldado para dispararle el golpe de gracia, con el cual exhaló el último aliento."

Maximiliano, la víspera, regaló su retrato al general Escobedo, con esta dedicatoria: *Al Señor General Mariano Escobedo. 18 de Junio de 1867. Maximiliano.*

El general Escobedo guardaba como inapreciable reliquia histórica este retrato, así como uno de los fusiles con que fué ajusticiado Maximiliano, otro que sirvió para dar igual fin á Miramón, el par de pistolas de Mejía, quien, al ser conducido prisionero del cerro de las Campanas al convento de la Cruz, dijo á Escobedo: "Como un recuerdo, tenga usted la bondad de aceptar mis pistolas." El vencedor de Querétaro tenía también guardada en precioso estuche una de las onzas de oro de á veinte pesos, que Maximiliano repartió el día 19 entre los soldados que le fusilaron. (*Nota de A. P.*)

mentos hechos en los desiertos de oriente, á la vista de las pirámides de Egipto, y tomando el vino de los festines de Constantinopla. Nada faltaba que hacer, sino huir y buscar la soledad y el retiro para gozar del sangriento y horrible triunfo!

Márquez dió fin á su obra, procurando entregar la plaza á los sitiadores; el 19 de junio, día de su triunfo, dirigió al general en jefe de las tropas sitiadas, á los ministros y al consejo de Estado, la siguiente comunicación que era también la última de sus infames mentiras: "Supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser el lugarteniente del Imperio.—(Firmado, Márquez.)"

En seguida se ocultó, abandonando á su propia suerte á los hombres é intereses comprometidos por su lealtad á la causa que había hecho perecer (1). Los defensores de México se rindieron á discreción; las fuerzas de la República entraron triunfantes en la capital; nuevas víctimas fueron inmoladas; y su sangre recayó entonces, en medio de las tinieblas, sobre Márquez, el verdugo de Maximiliano y de Miramón.

---

(1) Márquez se ocultó sin darme algún aviso para procurar mi salvación en medio de una plaza que se rendía á discreción, donde ningún mando tenía, y cuando yo debía ser el blanco del rencor de los vencedores. La inconsecuencia de que fuí víctima en el momento en que daba al lugarteniente del Imperio una nueva prueba de mi lealtad fué tanto más grave, cuanto que la víspera me ofreció el mismo Márquez que, en caso de ocultarse, me haría saber inmediatamente esta resolución.

¡Que la humanidad entera se levante para lanzar el anatema de desprecio y excecración sobre el infame asesino! ¡Que su última maldición sea para el cobarde traidor!

XX.

¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López.

Quedaría incompleta la descripción de una de las más horribles traiciones que puede ofrecernos la historia, si no se tratase de resolver esta cuestión que ha permanecido en la obscuridad. ¿Preparó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?

Tal vez nunca llegue á penetrar la luz de la verdad hasta el fondo de este enigma; la traición seguramente no ha dejado huellas ni pruebas materiales sobre este punto; pero felizmente no hay necesidad de condenar al asesino. Probado el crimen, como lo está, nada pierde de su carácter, suponiendo que la ejecución haya sido ó no arreglada de antemano, de acuerdo con los hombres de partido republicano.

Mas si no pueden presentarse las pruebas escritas de esta combinación, cuando se considera la conducta infame del traidor Márquez, la con-

ciencia está obligada, sin embargo, á responder de una manera afirmativa á la cuestión propuesta (1) y los hechos mismos manifiestan patentemente la manera con que se ejecutó la venganza.

La cadena de funestos acontecimientos que acabamos de referir, tiene por primer eslabón el

---

(1) Ya desde 1867, estando en México el general Díaz, se tuvo empeño en deslucir algunos de sus hechos de armas: como la toma de Puebla, la derrota de Márquez en San Lorenzo y el sitio de México. Se dijo entonces, por pura mira política y para contrarrestar su creciente popularidad, que ya le impelía al poder: que la victoria de Puebla debíase en parte al general Alatorre, que había tomado Jalapa; que la derrota de Márquez en San Lorenzo, á la oportuna ayuda de la caballería del general Guadarrama; que sin combatir había tomado México.

El general Manuel González contestó así estos cargos: Alatorre tomó Jalapa cinco meses antes del asalto de Puebla, pero Alatorre era uno de los capitanes del general Díaz, en virtud de cuyas órdenes obró sobre Jalapa; la derrota de Márquez en San Lorenzo, la proporcionó el general Jesús Lalanne, disputándole el paso al jefe reaccionario, lo cual entorpeció su retirada y dió lugar á que se le alcanzase, sufriendo un descalabro; México se tomó al mes y siete días, después de la ocupación de Querétaro, y combatiendo, como lo prueban las víctimas innumerables de ambos ejércitos, inmoladas todavía la víspera de la rendición.

Y si esto no bastara para probar que no hubo inteligencias entre Márquez y el general Diaz, haría prueba plena, la afirmación que el autor mismo hace en la página 189, de que hubo matanzas en Puebla, San Lorenzo y México; y en esta última ciudad, hasta "durante los últimos seis días de lucha sangrienta."

El general González agregaba en esa brillante defensa de